



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

PRIMERA PARTE

ECONOMÍA Y SOCIEDAD

La historia de México en el siglo XIX es, fundamentalmente, una secuencia con grandes alteraciones. Se parte de la Nueva España y se llega al México porfiriano. Entre estos dos momentos existió una larga serie de cambios, muchos de ellos violentos, que desembocaron en una determinada organización de lo económico, lo social y lo político. La historia de México en el siglo XIX es la historia de cómo México fue integrándose como nación. El hecho de que la detengamos en el porfiriato no implica que éste haya sido el punto final de la historia mexicana, como lo pensaron algunos positivistas. No. Simplemente, en ese momento nos detenemos cronológicamente, aunque la historia sigue con esa misma tónica de integración nacional.

La realidad histórica está constituida por diversos aspectos de la actividad humana: la economía, la organización social, la estructura política, las ideas, la creación artística, el ámbito religioso, etc. De hecho la realidad no se da fragmentada. Se participa al mismo tiempo en una cosa y en las otras, pero al estudiar la realidad, es menester dividirla en aspectos, analizarlos, y, finalmente, integrarlos en sus relaciones de reciprocidad. Estudiar cualquier aspecto aisladamente sólo tiene sentido cuando, una vez conocido el fenómeno, se le devuelve e integra a la realidad concreta de la cual salió.

Por lo que respecta a la sociedad mexicana, al iniciarse el siglo XIX, presentaba una estructura perfilada desde el siglo XVI. Existía una mayoría indígena, resto del mundo prehispánico, que se encontraba fuera del ámbito occidental que España introdujo en América. Su participación en la vida económica y política estaba restringida, aunque su marginalismo era relativo. Como seres económicos, los indios participaban en el proceso productivo a través del trabajo de servidumbre o del sistema de producción comunitario. En el terreno espiritual, o bien fueron evangelizados concienzu-

damente y adoptaron el cristianismo occidental, o bien formaron un sincretismo con elementos de la iglesia católica y de los restos de su antigua religión. El caso es que no quedaron exactamente igual a como estaban antes de que Cortés conquistara Tenochtitlan.

El español no fue el único poblador ajeno a estas tierras. Por necesidad de trabajo importó africanos y asiáticos, quienes al llegar a la Nueva España comenzaron a mezclarse con los elementos locales, dando lugar a la creación de castas. Estas castas ocupaban un lugar muy bajo en la escala valorativa de la mentalidad colonial. Eran vistas como el aspecto negativo del mestizaje.

El mestizaje clásico, es decir, la unión hispano-india, formó un sector amplio de población, pero no tan grande como para superar numéricamente al elemento indígena. Económicamente su situación oscilaba: o se encontraba reducido al nivel de las castas o podía encontrarse dentro de ciertos estratos medios de la estructura social.

El elemento español se encontraba dividido en dos grandes grupos: el criollo y el peninsular. La connotación racial original de "criollo" para identificar al español-americano se convirtió a lo largo de los tres siglos en connotación cultural, ideológica y política. De ello se deriva el criollismo, aspecto fundamental para encontrar la significación histórica de la Nueva España. El criollo asumirá para sí todo lo americano y lo llevará al conflicto con lo español. El criollo dueño de sí querrá serlo de su América mexicana. Con este deseo amenaza el siglo XIX.

El criollo pensó inicialmente que sólo bastaba con sustituir a los peninsulares para que México, libre de dependencia, marchara solo por el sendero del progreso y la racionalidad. La lucha de independencia removi6 problemas que estaban latentes desde hacía mucho tiempo. Otros se presentaron por la novedad. El conflicto produjo un México con un arranque problemático en su historia nacional. Entonces el criollo tuvo la necesidad de modernizarse. Y en la economía, eso era fundamental.

Todos coincidieron en la necesidad de modernizar a México, aunque muchos expresaron hondas diferencias acerca de la manera como pensaban hacerlo. Modernizar debe entenderse, en este caso, como sinónimo de hacer progresar

económicamente a México para procurar el beneficio de la mayoría de los habitantes, cuando no de la totalidad. La realidad fue dura y frustró los buenos propósitos de conservadores y liberales. No obstante, algo hicieron unos y otros.

La era caótica de México, de 1810 a 1867 construyó poco, pero, sin embargo, algo logró. Era difícil, en medio de la anarquía, lograr que la agricultura y la minería —fuentes tradicionales de riqueza— rindieran normalmente. A pesar de vivir en una era de pronunciamientos militares en los que la leva despoblaba de mano de obra al campo, hubo remedios serios para encauzar la situación. Los hombres del poder emplearon recursos para impulsar económicamente a México. Mientras personas como Lucas Alamán y Esteban de Antuñano creaban un banco mediante el cual el Estado auxiliaba a los capitalistas locales en la inversión para la industria textil, Inglaterra tenía asegurado el consumo de sus productos en estas y otras tierras hispanoamericanas.

Era claro que México carecía de todo y que necesitaba hacerlo todo. Pero la inestabilidad política y la amenaza exterior no eran precisamente los mejores factores para contribuir a la producción y, si eso fuera poco, la misma situación estructural legada por la Colonia, restaba fuerzas al arranque. Ya la misma Corona había intentado desamortizar los bienes que por obras pías y otros caminos tenía la Iglesia para sí. Mora insistió en la necesidad y Gómez Farías decretó para activarla. La sociedad reaccionó contra las medidas progresistas-liberales y hubo que esperar a que la generación de 1857 lo hiciera con más energía. Pero su triunfo inicial fue precario. Los liberales entendieron que modernizar al país equivalía a reducir la institución eclesiástica a lo puramente espiritual, pensando cristianamente en dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. El clero, y particularmente el obispo michoacano Clemente de Jesús Munguía, no participaron de la opinión liberal y expresaron su negativa. La gran sorpresa fue dada por Maximiliano, importado por los conservadores, y que legisló de acuerdo con la perspectiva liberal: nacionalizando los bienes de la Iglesia. La República Restaurada, libre de enemigos, incorporó las leyes de Reforma a la Constitución y procedió a individualizar la propiedad de la tierra. Las comunidades indígenas salieron afectadas con la aplicación de la Ley Lerdo y, más adelante, con la de

terrenos baldíos. La propiedad desamortizada se amortizó en pocas manos civiles. Wistano Luis Orozco dio cuenta de esta situación. Pero con Andrés Molina Enríquez el análisis de la realidad agraria y política de México alcanzó la dimensión sociológica necesaria para hacer que algunos individuos tomaran cartas definitivas en el asunto de hacer efectiva una reforma agraria. Pero eso ya es historia del siglo XX y rebasa nuestro límite cronológico.

La historia social y económica de México no se ha estudiado satisfactoriamente. Es asunto que comprende realidades tan amplias que tratar de recogerlas en una antología resulta aventurado. Aquí se dan muestras de aspectos de esas realidades y testimonios de cómo algunos mexicanos tuvieron idea de encauzar por buenos caminos el bienestar de la población. En orden cronológico se suceden fuentes e interpretaciones de la economía y la sociedad mexicanas.